

hebreos; en la Sinagoga, los arquitectos, los pastores, son todos de la raza de Jacob, pero edifican con las verdades abandonadas por las naciones; en la Iglesia cristiana, la mayor parte de los pastores y de los arquitectos son descendientes de las naciones, pero edifican con las verdades depreciadas por los judíos. El modelo del templo era el tabernáculo; el modelo del tabernáculo fué enseñado á Moisés sobre el monte. Este modelo divino se realiza todos los días en la Iglesia cristiana, pero no será perfecto más que en el cielo.

El discípulo muy amado, la vió de antemano en su inmortal esplendor.

«Yo vi entonces, dice, yo vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y la mar no existía ya, y yo, Juan, vi descender del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que procedía de Dios, ataviada como lo está una esposa para su esposo. Y oí una voz fuerte salida del trono, que decía: Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios, en medio de ellos, será suyo. Y Dios limpiará todas las lágrimas de sus ojos; y no habrá ya ni muerte, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron. Entonces, el que estaba sentado en el trono, dijo: Quiero hacer nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son muy ciertas y verdaderas. Y me dijo también: Hecho es; yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Yo daré gratuitamente á beber de la fuente de agua viva al que tuviere sed. El que venciere, poseerá estas cosas, y será yo su Dios y él será mi hijo. Mas los cobardes é incrédulos, execrables homicidas, fornicarios, hechiceros, idolátras y todos los mentirosos, tendrán su parte en el lago que arde en fuego y en azufre, que es la segunda muerte.

»Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, habló conmigo y me dijo: Ven acá y te mostraré la esposa que tiene al cordero por esposo. Y me llevó en espíritu á un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad, la Santa Jerusalén, que descendía del cielo de la presencia de Dios; su luz era parecida á una piedra preciosa, tal como una piedra de jaspe transparente como el cristal. Tenía un muro grande y alto con doce puertas y en las puertas doce ángeles, y nombres escritos, que eran los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. Por el Oriente tenía tres de estas puertas, tres al Septentrión, tres al Mediodía y tres al Occidente. El muro de la ciudad tenía doce fundamentos, donde estaban los doce nombres de los doce apóstoles del cordero. El que hablaba conmigo tenía una caña de oro con que medía la ciudad, sus puertas y el muro.

La ciudad estaba construída en forma cuadrada, tan larga como ancha. Midió la ciudad con su caña de oro hasta la extensión de doce mil estadios; y su longitud, latitud y altura son iguales. Midió también su muro, que era de ciento cuarenta y cuatro codos de medida de hombre, que era la del ángel. El muro estaba construído de piedra de jaspe, pero la ciudad era de un oro puro, semejante á un vidrio limpio. Los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. El primer fundamento era de jaspe, el segundo de záfiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardánica, el sexto de sardia, el séptimo de crisólito, el octavo de beril, el noveno de topacio, el décimo de crisopraso, el undécimo de jacinto, el duodécimo de ametisto. Las doce puertas eran de doce perlas, y cada puerta estaba hecha de una perla; y la plaza de la ciudad era un oro puro como vidrio transparente. No vi templo en la ciudad, porque el Señor Dios todopoderoso y el Cordero es el templo de ella. Y la ciudad no tiene necesidad del sol ni de la luna para brillar, porque la gloria de Dios la alumbraba, y la lámpara de ella es el Cordero. Las naciones marcharán á su luz y los reyes de la tierra llevarán á ella su gloria y honra. Sus puertas no serán cerradas de día, porque no habrá allí noche. A ella llevarán la gloria y la honra de las naciones. No entrará en ella ninguna cosa contaminada, ni ninguno de los que cometan abominación ni mentira, sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero.» Hasta aquí el águila del Apocalipsis.

Y así en lo que respecta al templo, como en los demás de la religión, todo se continúa, todo se desenvuelve. No es en un principio más que piedra sobre la cual Jacob descansa su cabeza, después una tienda, más tarde una casa, luego una sociedad esparcida sobre la tierra, y últimamente su glorificación en el cielo. Pero esta piedra, que Jacob erige en monumento, que unge con aceite y llama Bethel, casa de Dios, le ha hecho ya entrever todo lo que prefigurará, no sólo el tabernáculo de Moisés y el templo de Salomón, sino todo lo que realizará la Iglesia de Cristo, todo lo que se cumplirá en el cielo por una eterna dedicación. Entrevió la reconciliación del cielo y de la tierra; la unión de Dios y del hombre; vió Dios, á sus ángeles, al hombre, no constituyendo en conjunto más que una sociedad ó iglesia, la vió y exclamó: «Formidable es este lugar, no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo.» Y el patriarca en Bethel, y el apóstol en Patmos, ven la misma cosa; la única diferencia que hay es, que el uno ve obscuramente lo que el otro ve con claridad, el uno ve en el porvenir lo que otro ve cumplido.

Las mismas vicisitudes terribles por demás que sufrió la Ciudad

Santa vimos que sufrió el templo de Salomón. Este templo subsistió hasta el año décimooctavo del reinado de Herodes, diez y nueve años antes de nuestra era, por espacio de cuatrocientos noventa y siete años.

Deseando Herodes complacer á los judíos, mandó reedificar con gran magnificencia el templo de Zorobabel. Ocupáronse en la obra diez mil operarios; mil sacerdotes que aprendieron á labrar la piedra y madera, construyeron el Santuario, donde no podían entrar los operarios. En el acarreo de materiales se empleaban mil carros.

El espacio destinado al templo fué ensanchado, y la montaña circunvalada por tres murallas; las piedras que se emplearon en la obra medían cuarenta codos de longitud.

Estas piedras estaban trabadas con hierro y plomo. Las columnas que adornaban los pórticos eran tan gruesas, que tres hombres apenas las abarcaban; estas piedras eran en número de ciento setenta.

En este templo fué donde se admitió á una niña de tres años entre las vírgenes consagradas al servicio del Señor. Algunos años después la niña presentaba su hijo ofreciendo por él dos tórtolas, y el santo anciano Simón tomándole en brazos bendecía á Dios por haberle hecho conocer al Salvador del mudo; en él celebraba Jesús cada año la Pascua con sus padres, y á la edad de doce años daba lecciones á los doctores. En la cima de este templo fué tentado por el demonio; aquí fué donde perdonó sus pecados á la mujer adúltera, de donde arrojó á los mercaderes que profanaban la casa de su Padre, donde confundió á los fariseos que le preguntaban si se debía pagar el tributo al César, é hizo un elogio del óbolo de la viuda; aquí fué donde enseñó muchas parábolas, dirigió severas acriminaciones á los escribas y á los fariseos, y entró triunfante pocos días antes de su muerte entre las aclamaciones populares.

Este templo fué destruido á los setenta y siete años de su reconstrucción.

A las piedras del mismo se refiere la Escritura cuando dice: «Y al salir (Jesús) del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira que piedras y que fábrica. Y respondiendo Jesús le dijo: ¿Ves todos estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.» La profecía del Divino Maestro debía tener cumplimiento, y los judíos debían finalmente recibir el castigo de sus prevaricaciones.

Tácito nos ha referido los hechos que acompañaron á la toma de la Ciudad por los romanos. Las ruinas del templo aumentaban la polvareda de aquellos mortales combates.

Los tesoros que se encontraron en el templo eran tan cuantiosos, que el valor del oro disminuyó por mitad.

Halláronse en Africa muchos adornos, que á la sazón fueron arrebatados.

Léese en la *Historia de los Cruzados*: «Cuando Belisario conquistó el Africa, entre los despojos de los bárbaros halláronse los ornamentos del templo de Salomón, de que se había apoderado Tito; esos preciosos despojos que la suerte de la guerra había trasladado á Roma y luego á Cartago, fueron llevados á Constantinopla y después á Jerusalén, donde acrecentaron el esplendor de la Iglesia del Santo Sepulcro. Así que, las guerras, revoluciones y adversidades del mundo cristiano contribuían á aumentar el esplendor de la ciudad de Jerusalén.»

Esta segunda destrucción de la Casa de Dios, tuvo lugar mil ciento treinta años después que Salomón había comenzado en el mismo sitio los cimientos; y aun no se habían cumplido cuarenta años que Jesucristo había dicho: «En verdad os digo, que sobre esta generación vendrán todos los males, y no morirá esta generación sin que esto se cumpla.»

Efectivamente: muchos de los que conocieron á Jesús, todavía vivían, y entre éstos San Simón, primo de nuestro Divino Salvador, entonces obispo de Jerusalén, el cual instruido por estas palabras del Divino Maestro: «Entonces huirán á las montañas los que hay ahora en la Judea», se retiró con los cristianos á los montes de allende el Jordán.

Esas profecías, que tan pública y elocuente realización alcanzaron, han sido siempre los mayores obstáculos en que ha tropezado el racionalismo. Tres siglos después de la destrucción del templo, un filósofo, elevado á la dignidad de emperador, trató de burlar la predicción del Hijo de Dios, reedificando el templo de Jerusalén. Ordenóse á los judíos que volviesen á su patria; Alipio, que había sido gobernador de la Gran Bretaña, eficazmente secundado por el gobernador de la Siria, fué el encargado de los trabajos. ¿Qué más se necesitaba para el feliz coronamiento de una empresa sostenida por el poder de un emperador y por el entusiasmo de un pueblo casi aniquilado, que confía reconquistar su culto y nacionalidad; de una obra que cuenta con tesoros, ciencia, fuerza y fanatismo, y que sólo tiene en contra una antigua profecía?...

Nadie mejor enterado que un autor pagano, que sirvió en los ejércitos de Juliano, y que nos ha dejado una de las más razonadas historias de este emperador. Cedámosle, pues, la palabra:

«En tanto, dice, que Alipio activaba los trabajos, auxiliado del gobernador de la provincia, surgieron de los cimientos torbellinos de

fuego que mataron á muchos trabajadores, impidiendo que nadie pudiese acercarse á aquel lugar. He aquí cómo, combatida obstinadamente por este elemento tamaña empresa, fué abandonada.»

Quien ha hecho un hermoso estudio acerca de este suceso, es el abate Mislin. He aquí como se expresa :

«Tocante á este suceso, tenemos varios testimonios ; así que no puede ponerse en duda, y se pretende explicar fácilmente. Por un cálculo cronológico Tourlet ha intentado establecer que los globos de fuego que abrasaron á los operarios de Juliano, fueron el *terremoto* que devastó varias ciudades de Oriente durante el tercer consulado de Juliano en 362. Pero un terremoto dura algunos segundos, y los obreros hubieran podido continuar con tanta mayor facilidad los trabajos, cuanto que estaban todavía en los cimientos, y por consiguiente, con este revés no recibirían gran daño. Por lo demás — es digno de notar, dice Munk, — que siempre el territorio de Jerusalén ha permanecido intacto en los grandes sacudimientos : uno de los más antiguos poetas dijo á este propósito : *Dios está en medio de esta comarca ; esta comarca no cambia.*»

El milagro referido por un gentil, preocupó mucho á Munk, como preocupara mucho á Voltaire, Gibbón y otros ; por eso después de consignar el hecho que cita Amiano Marcelino, y de declamar contra los Cadres que, según él, añadieron al citado hecho muchas circunstancias sobrenaturales, añade : Sin embargo, el hecho en sí propio, debe considerarse *histórico* ; hubo probablemente una fuerte explosión causada por el aire inflamable comprimido durante largo tiempo en los subterráneos. Igual fenómeno sucedió también en la época del reinado de Herodes, al abrirse los sepulcros de David y Salomón. Nada tiene de particular que uno de los fenómenos más naturales se considerase como un milagro por los hombres que ignoraban su causa. Por lo demás, la cesación definitiva de los trabajos se explica también por la muerte de Juliano, que poco después sucumbió en una batalla contra los persas».

A estas palabras, el abate Mislin hace las siguientes acertadas observaciones :

«Munk es sobrado buen físico para no conocer la diferencia que existe entre un fenómeno, que se realiza en un subterráneo donde se entra con antorchas encendidas, y el que tuvo lugar varias veces á la luz del día, el cual abrasó á los trabajadores hasta el extremo de tener que abandonarse una obra por tanta gente y con tanto entusiasmo comenzada ; con que le es preciso fundarse en un motivo que no se encuentra en Amiano Marcelino, en la muerte de Juliano. Cierto que este emperador falleció luego ; pero á ser su muerte la causa de la cesación

de los trabajos, los autores paganos y especialmente los rabinos, se abstuvieron de señalar otro motivo para ellos poco favorable. Fuera de esto, Juliano se encargó de darnos auténticos pormenores sobre el particular. En una carta suya léense estas palabras, acerca de las cuales no cabe la menor duda : — Verdad es que los profetas entre los judíos nos han echado en rostro todos esos desastres, pero ¿qué dirán de su propio templo destruido tres veces, ¡que no se ha podido reedificar todavía hasta ahora! No pretendo insultar su infortunio, *pues yo mismo intenté reedificar su templo en honor de la divinidad que en él se invocaba?*—

«El mismo Juliano confiesa que la paralización de la obra se debe á otra causa. La aparición de los globos de fuego es, por consiguiente, deduce el abate, un hecho *histórico*, reconocido por los historiadores paganos, por Juliano, por los judíos contemporáneos del suceso y por los del siglo XIX.»

Gibbón, citado por Munk, sin negar el hecho, se apoya en el silencio de San Gerónimo para afirmar «que en Palestina el supuesto milagro causó menor sensación que en las comarcas remotas.»

Contestaremos á Gibbón, primero, que San Gerónimo no estaba entonces en Palestina, y no fué á Jerusalén hasta veintitrés años después de la muerte del apóstata ; por consiguiente no podía prever todas las dificultades que se suscitarían en los siglos posteriores. Su autoridad es de muchísimo peso, pero lo es cuando habla ; y fuera de desear que todos prestasen tanto crédito á sus palabras, cuanta es la importancia que simulan dar á su silencio. Y ya que Gibbón tiene tanta confianza en los autores eclesiásticos de dicha época, ¿por qué no acepta los testimonios de Rufino, Teodoreto, Sócrates, Sozomeno, San Gregorio Nacianceno, San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo y otros?

Los Padres, al hablar del suceso, contaban en su auditorio muchas personas que lo habían presenciado ó lo sabían por boca de los que lo presenciaron.

He aquí algunos pormenores debidos á la relación hecha por algunos Santos Padres, pormenores que omite Marcelino.

Las piedras de los cimientos fueron arrojadas á grandes distancias, viniéndose al suelo los edificios inmediatos ; las galerías donde estaban los sobrestantes se desplomaron con estrépito, sepultando en sus ruinas á los que en ellas se encontraban ; remolinos de viento arrebataron los materiales, y el fuego consumió hasta las herramientas de los trabajadores ; al día siguiente los judíos que se presentaron allá fueron rechazados por el fuego que abrasó á muchos repetidas veces ; cruces luminosas pegábanse á sus vestidos ; y continuamente rechazados por tan es-